

LA
GRACIA
DE
DIOS
PARA
SALVACION



Un juicio

LA GRACIA DE DIOS PARA SALVACION

Un judío encuentra paz

He nacido en Palestina. Tengo casi 70 años de edad. Y esta es la historia, cómo yo hace casi cuarenta años recibí perdón de mis pecados:

Siendo niño se me enseñó a leer la Ley, los Salmos y los Profetas. Ya a temprana edad asistía regularmente a la sinagoga, y con los rabinos aprendí el hebreo. Con reverente respeto les escuchaba y les creía todo lo que me decían. Sabía que Dios nos había elegido de entre todos los pueblos de la tierra como pueblo de Su propiedad y nos había dado Su palabra.

Cuando tenía la edad para poder yo mismo reflexionar e investigar las Escrituras, reconocí para mi gran sorpresa y confusión, qué papel desempeñó la sangre en todo lugar en la Ley y qué importancia le fue atribuida, aunque tenía

que comprobar que en todo lo que yo y mis compañeros de fe emprendimos para conseguir nuestra salvación, faltaba completamente.

Veza tras veza leía tanto el capítulo 12 en Exodo como también los capítulos 16 y 17 en Levítico. Sobre todo eran los dos últimos capítulos que me hicieron temblar, cuando pensaba en el Gran Día de la Reconciliación (Jom Kippur) y en la importancia que en él corresponde a la sangre. Día y noche resonaban en mis oídos las palabras: **“Y la misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11)**. Fuí consciente que había transgredido muchas veces la Ley y por eso **necesitaba reconciliación**. Cada año me dio golpes de pecho en el Día de la Reconciliación, convencido de la absoluta necesidad de la sangre para el perdón de los pecados: pero ¡ah! ¡ya no había ni hay sangre!

En mi desesperación abrí mi corazón al fin a un enseñado rabino respetuoso. Me dijo, Dios se había enfadado con Su pueblo, Jerusalén había caído en las manos de los paganos, el

templo había sido destruido y los musulmanes habrían levantado en su lugar una mezquita. A causa de eso ya no existía el único lugar en la tierra, en el cual según Deuteronomio 12 podría ser sacrificado y por eso ya no sería posible a ofrecer sangre para expiación por nuestros pecados. “Dios”, él terminó, “nos ha cerrado el camino, tenemos que darnos por satisfechos ahora con las enseñanzas del Talmud y por lo demás encomendarnos a la misericordia del Eterno.”

Con mucho agrado habría de quedarme contento con las consolaciones del rabino, pero me fue imposible. Una voz mas fuerte que la suya me dijo que las exigencias de la Ley no se puede acortar, habría sido destruido el templo o no. No había otra cosa que **la sangre de un animal limpio de sacrificio** que estaba en condiciones de hacer expiación para el alma, que a causa de sus pecados había merecido la muerte. Y ya que podían ser ofrecidos los sacrificios solamente en el lugar que el Eterno había elegido o sea delante del

santuario en Jerusalén, yo reconocí de que para mí no había reconciliación.

Este pensamiento me llenaba de espanto. En mi miseria preguntaba todavía a otros rabinos lo que había de hacer, y me importaba solamente una sola cosa: “¿Dónde puedo encontrar la sangre de la reconciliación?” ¿Pero qué podían responderme ellos?

Tenía casi treinta años de edad cuando dejé Palestina y me trasladé a Constantinopla. Mas la pregunta no solucionada me acompañaba y ocupaba sin parar mis pensamientos, sí, viví en permanente angustia del alma por causa de mis pecados.

Cuando una noche pasaba una de las calles angostas de esta ciudad, leí la invitación a una reunión de judíos. Por curiosidad entré y mientras me sentaba, oí decir al predicador: **“La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado.”** Casi sin aliento escuchaba cuando el orador explicaba que Dios el Cual había ordenado de que sin sangre no hay perdón, había mandado Su único Hijo para

morir por nosotros. Y entonces agregaba, que la palabra de Dios asegura perdón de sus pecados a todos los que anhelan la salvación y confían en el sacrificio de Cristo. Mas este sacrificio fue ofrecido únicamente y solo por la Persona del Mesías prometido, del Cual el Profeta Isaías en el capítulo 53 habla, de ningún otro que Aquel que llevó los sufrimientos, que expresa en el Salmo 22 Su dolor.

Por fin había encontrado la sangre de la reconciliación. Me confié en ella y recibí el perdón de mis pecados y la paz con Dios al cual había anhelado por tanto tiempo. Ahora es mi gozo leer el Nuevo Testamento y reconocer que todos tipos y ejemplos de la Ley **son cumplidos en Jesucristo**. Él es de la simiente de David y el Hijo de Dios. Él ha derramado Su sangre y de esta manera satisfizo a la justicia y santidad de Dios. **Solamente Su sangre de la reconciliación es, en la que judíos y paganos encuentran la salvación.**

(Extracto de »Lien fraternal de l'Association Evangélique des Eglises Baptistes de Langue Francaise« 1929/30, p. 321/22), traducido de la traducción alemana de I. Linder.

Si tienen preguntas acerca de la fe, de la Biblia o de la teología o si quieren obtener la Biblia o/y literatura espiritual, pueden dirigirse a nosotros:

MISION BIBLICA FUNDAMENTAL

Pastor Juan van Isseldyk

Piccioli 3359, MONTEVIDEO, URUGUAY, S. A.

Teléfono y Fax: Nacional: 082-511 36 75 - Internacional: 0059-82-511 36 75

Editor: Ministerio Evangélico *LAU*- " Haced discípulos a todas las naciones " e. V.
Postfach 1 54, 74344 LAUFFEN A. N., ALEMANIA
Telefon + Fax: National: 07133-75 27 - International: 0049-7133-75 27

Foto: Gerhard Schadt-Beck

El comprador – ¡no el editor! – toma la responsabilidad de una distribución permitida de este folleto.

«Y sin derramamiento de sangre
no se hace remisión.»

Hebreos 9:22b

«En Quien tenemos redención
por Su sangre,
el perdón de pecados
según las riquezas de Su gracia.»

Efesios 1:7

«Mas Dios muestra Su amor
para con nosotros,
en que siendo aún pecadores,
Cristo murió por nosotros.
Pues mucho más,
estando ya justificados en Su sangre
por **El** seremos salvos de la ira.»

Romanos 5:8 y 9